

BT 33

L3

V.6



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE MÉRIDA  
Biblioteca Valverde y Tellez

ENSAYO

SOBRE

LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

CONTINUACION

DE LA

PARTE CUARTA.

CAPITULO DUODECIMO.

DE LA ESCRITURA SANTA.

Los monumentos sagrados de los cristianos contienen la historia primitiva del hombre, y del mundo que habita, la del pueblo judío, sus leyes, las profecías, cuyo depósito se le había confiado, la vida de Jesucristo, sus doctrinas, recogidas por los apóstoles, y por último la historia profé-

VI.

1028201



tica de la sociedad por él establecida. La Escritura santa consta de estas dos partes, llamadas Antiguo y Nuevo Testamento: libro maravilloso, que, incluyendo toda la historia de los tiempos, comienza y acaba por la eternidad.

No hay en alguna otra nacion un monumento, que por su antigüedad, pueda compararse al Pentateuco, escrito por Moises cerca de quince siglos antes de Jesucristo. La historia cierta de la Grecia no sube ó llega mas que á la olimpiada primera<sup>1</sup>. Heródoto vivia en tiempo de Artaxerxes. Las obras de Sanconiaton<sup>2</sup>, de Maneton, de Magasteno de quienes nos quedan algunos fragmentos, no pueden tampoco ser mas antiguas. Algunos sabios aun presumen no son mas antiguas, ni anteriores al reinado de Ptolomeo Filadelfo<sup>3</sup>. Berosio escribia en tiempo de Alejandro. Se ha reconocido igualmente que los libros de los Persas, de los Indios y los Chinos son de una época

<sup>1</sup> El año 775, antes de J.-C. Véase JUL. AFRICAN. *Ap. Euseb. Præp. Evang.*, lib. X. cap. X.

<sup>2</sup> Algunos creen que Sanconiaton vivia pocos siglos despues de Moises; pero no hay de esto una prueba cierta.

<sup>3</sup> 242 años antes de la era cristiana.

mucho mas reciente que el legislador de los judíos,

Solo á él, es á quien debe el género humano los únicos anales, que le instruyen sobre su origen, y todos los hechos sobre que estriba el orden total de sus deberes, de sus esperanzas y de sus destinos. Hasta allí se habia conservado el recuerdo por la sola tradicion; pero cuando se abrevió la vida de los hombres, y se multiplicaron los pueblos, Dios quiso que esta tradicion se pusiese por escrito para perpetuarla, así como tambien los detalles de la ley, que daba él á los hijos de Jacob, y las profecias que debian servir de prueba perpetua sobre Jesucristo.

No se escribió todo, segun observa Maimónides, y es muy digna de notar la causal que da. « Fué esto, » dice, « una grande sabiduria, y « un medio de precaver todos los inconvenientes, « que despues se han venido á tocar, es decir, « la diversidad de opiniones, las ansiedades y « las dudas, que ordinariamente ofrece la palabra escrita, y consignada en un libro: de « donde provienen las disensiones, las contro- « versias, los cismas, las sectas, y una confusion



« espantosa. Mas en otro tiempo todo se finalizaba por las decisiones del gran Sanhedrin,\* como lo he manifestado en mis comentarios sobre el Talmud, y como la ley misma lo testifica †. »

Es cierto, y la experienciã prueba todos los dias que la Biblia ó el cuerpo de nuestros libros santos hubiera sido un don funesto para el hombre, si se hubiese entregado á la interpretacion de cada individuo. En vano Dios hubiera hablado,

\* La autoridad de este cuerpo era superior á la del rey, segun el mismo Maimónides. « El rey, » dice Rabbi David Ganz, « era el dueño absoluto por todo lo respectivo á la guerra, y á los ejércitos; pero lo perteneciente á la ley, y administracion interior del Estado, era de la alzada del Sanhedrin, cuyo gefe (desde David) era siempre de su familia. » Véase *Lettre de Monsieur l'abbé de \*\*\* à Monsieur l'abbé Houtteville*. Carta XIII. p. 262. Paris. 1722.

† *Atque hæc fuit summa sapientia circa legem nostram, quã fugiebantur et vitabantur illa, in quæ sequentibus temporibus incidit; varietates nempe et perplexitates sententiarum ac opinionum, dubia item, quæ oriri solent ex sermone scripto, et in librum relato..... ex quibus postea oriuntur inter homines dissensiones, controversiæ, schismata, et sectæ, in negotiis et commerciis magna confusio. Sed tum negotium omne erat penes synedrium magnum, sicut exposuimus in commentariis nostris Talmudicis, et sicut de eo lex ipsa testatur.* Mor. Nevoch. part. I. cap. LXXI. p. 152. Ed. Basil, 1629.

se habria disputado eternamente sobre su palabra, sin poder jamas asegurarse de su verdadero sentido\*. Establecióse cuando se promulgaron los dos Testamentos así entre los judios, como entre los cristianos una autoridad soberana, la sola revestida del derecho de interpretar el texto sagrado, y de ser depositaria principal de la tradicion que le explica. Desde que se acabó entre los judios esta autoridad, les es tan imposible el convenirse sobre el sentido de la Escritura,\*\* como á los protestantes, que no quieren reconocer

\* Dando por supuesto que no haya intérprete infalible de la santa Escritura, Rousseau hubiera tenido razon en decir: « Los libros son manantiales de disputas interminables ...; el lenguaje humano no es bastante claro. Dios mismo, si él se dignara hablarnos en nuestras lenguas, nada nos diria sobre que no se pudiese disputar. » (*Lettre à M. de Beaumont*, pag. 15.) En el Cristianismo completo esta réplica es nula; ¿pero cómo la resolverán los protestantes? Quiéren que Dios haya hablado, y no quieren se pueda saber con certeza lo que Dios ha dicho. Llegará un dia, y tal vez no está lejos, en que apenas se podrá creer se haya admitido y sostenido una contradiccion semejante.

\*\* Los judios modernos han abandonado casi todas las explicaciones, que los antiguos rabinos hacian de las profecias. No sabiendo y á que atenerse, « se remiten á Elias, » dice d'Herbelot, « cuanto á los puntos mas dificiles de la Escritura, que les cuesta trabajo resolver. » *Bibliot. orient.*, art. *Mohammed Abouleasem*, t. IV. p. 231.



en la sociedad cristiana la existencia de una autoridad semejante, aunque la Escritura misma les advierte ser esto *lo primero que deben comprender*. Los preceptos de la religion primitiva eran conocidos y se transmitian por la tradicion, antes de estamparse en las tablas de la ley; y la doctrina cristiana se habia esparcido en una gran parte del imperio romano, cuando se escribió el Evangelio. La palabra y no la Escritura ha sido lo que ha conquistado el mundo para Jesucristo.

« Si los Apóstoles » decía san Ireneo á mediados del siglo segundo; « no nos hubieran dejado « ni aun las Escrituras mismas, ¿ no se hu- « biera debido seguir la tradicion y su orden

Hoc primum intelligentes, quod omnis prophetia scripturae propria interpretatione non fit. (S. PETR. II Ep. I. 20.) Es muy curioso el oír hablar al enemigo mas acalorado del Cristianismo, sobre este punto en el mismo language que S. Pedro. « Si no « hubiera habido en el mundo cristiano, » dice Voltaire, « una « autoridad, que fijase el sentido de la Escritura y los dogmas de « la Religion, habria otras tantas sectas, cuantos fuesen los « hombres que supieran leer. » (*Essai sur l'histoire, génér. et sur l'esprit et les mœurs des nations*; tom. III. cap. CIX. p. 408. Edic. de 1756.) Siguese de aquí que las sociedades biblicas protestantes, hoy tan multiplicadas, propenden á hacer otras tantas sectas, cuantos sean los hombres que sepan leer.

« segun que ellos la habian depositado en las « manos de aquellos, á quienes confiaron igle- « sias? Muchas naciones bárbaras, que han « recibido la fe en Jesucristo, han seguido este « orden conservando sin tinta ni letras, las ver- « dades de salvacion, escritas en sus corazones « por el Espiritu-Santo, conservando con cui- « dado la tradicion antigua, y, creyendo por « Jesucristo, hijo de Dios, en un solo Dios, cria- « dor de cielo y tierra y de todo lo en ellos con- « tenido.... Estos hombres, que han abrazado « esta fe sin ninguna Escritura, son bárbaros « con respecto á nuestro language; pero cuanto « á la doctrina, á los hábitos y á las costumbres « tocantes á la fe, son perfectamente sabios y « agradables á Dios, viviendo en toda justicia, « castidad y sabiduria. Que si alguno les ha- « blara en su language natural proponiéndoles « los dogmas inventados por los hereges, al mo- « mento se taparian los oidos, y huirian bien « lejos, no pudiendo, ni aun resolverse á escuchar « un discurso lleno de blasfemias. Sostenidos « así por esta antigua tradicion de los Apóstoles, « no pueden ni tampoco admitir en su pensar



« sencillo ni la menor imágen de estos prodigios  
 « del error ».  
 « Se ve por estas palabras » observa Fe-  
 nelon <sup>2</sup>, « de un tan gran doctor de la Iglesia,  
 « casi contemporáneo de los Apóstoles, que  
 « habia en su tiempo, entre los pueblos bárbaros,  
 « fieles innumerables, que eran muy espirituales,  
 « muy perfectos y ricos, como los llama San  
 « Pablo, *en toda palabra y toda ciencia*, aunque  
 « jamas leyesen los Libros sagrados... Bastá-  
 « bales á estos innumerables fieles la tradicion,  
 « para que formaran su fe y sus costumbres del  
 « modo mas perfecto y sublime. La Iglesia, que  
 « nos da las Escrituras, les daba por su pala-  
 « bra viva, y sin las Escrituras, todas las mismas  
 « instrucciones que nosotros sacamos del texto  
 « sagrado....; y lo que nos dice san Ireneo de  
 « estos fieles de su tiempo, nos lo repite san  
 « Agustin, quanto á los solitarios del suyo <sup>3</sup>. »

<sup>1</sup> S. IREN. lib. III. *Contr. Hæres.* cap. IV. n. 1. y 2. pág. 478. Edic. Massuet.

<sup>2</sup> *Lettre sur l'Écriture Sainte, Oeuvres* tom. III. pag. 585. 586. Edic. de Versalles.

<sup>3</sup> S. AUG. *De Doctrin. Christ.* lib. I. cap. XXXIX. n. 45. t. III.

Entraba no obstante en los designios de la Sabiduría suprema, que tuviese la Religion sus anales, y el género humano los títulos de su fe, de sus esperanzas y deberes. Era preciso que la verdad inmortal tuviese tambien su peculiar monumento, en medio de tantos otros, que lo eran de la ignorancia, el error y la incertitud, y que un libro, donde se contenia el pensamiento de Dios, se opusiese á esa multitud de innumerables otros, llenos de pensamientos de hombres.

Es, además, la utilidad de la Escritura bien evidente <sup>1</sup>. Como la tradicion sirve para determinar et verdadero sentido, la Escritura misma, sirve para probar la antigüedad de la tradicion, fortifica la autoridad, muestra que la Religion, sus dogmas, sus mandamientos son irrevocables. contribuye á fijar el lenguaje de la fe y, por consecuencia la fe misma. Se ignorarian sin ella ó al menos serian muy poco conocidas muchas circunstancias de hechos propios para penetrar

<sup>1</sup> *Omnis scriptura divinitus inspirata, utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitiâ; ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus.* Ep. II. ad Timoth. III. 16, y 17.



el corazon, é iluminar el entendimiento. Y, ¿cuántas verdades sublimes, vueltas en este libro divino bajo las expresiones mas sencillas, se manifiestan sucesivamente propias para la instruccion del hombre y de la sociedad! Enfin, cuando venga el hombre del pecado, segun está predicho, para combatir á Cristo, probar á sus discipulos, admirándolos con prodigios, que seducirian, siendo posible, á los mismos escogidos; entonces hallarán en él los últimos tiempos todos los socorros necesarios<sup>1</sup>.

Lo que decimos, supone que la Escritura es auténtica, verdadera, é inspirada por Dios. Esto es en efecto lo que han probado los defensores del Cristianismo en un gran número de obras á que no se ha respondido<sup>2</sup>. Sus sabios trabajos nos dispensan extendernos sobre este asunto. No háy un solo argumento que no hayan ellos rebátido, ni un solo punto de crítica que no hayan

<sup>1</sup> *Surgent enim pseudochristi, et pseudoprophetae, et dabunt signa magna, et prodigia, ita ut in errorem inducantur (si fieri potest) etiam electi.* MATTH. XXIV, 24.

<sup>2</sup> Véase Bossuet, Pascal, Huet, Bergier, Duvoisin, Fabricy, Jaquelot, Stillingfleet, Faber, Páley, etc.

aclarado con tanta sagacidad como erudicion. Nuestro plan no nos permite entrar en estos detalles, de que no necesitamos, para establecer de un modo indestructible la autenticidad, la verdad, y la inspiracion de nuestros Libros santos.

Es auténtico un libro, cuyo texto no está alterado, ó cuando está efectivamente escrito por el autor, á quien se le atribuye. Nadie, pues, podria asegurarse de este hecho, sino por el testimonio. Con que todo se reduce á saber si háy testimonios suficientes, para poder afirmar con certeza, que los libros de Moises y los profetas, los Evangelios, los Actos, las Epístolas de los Apóstoles, y el Apocalipsis están escritos por los autores cuyo nombre tienen.

Que se haya argüido contra esto, se comprende muy bien, porque el hombre es libre para negarlo todo: pero nos parece que jamas hubo nadie que dudase de ello seriamente. ¿Duda alguno que las arengas contra Filipo sean de Demóstenes, que el tratado *De Officiis* sea de Ciceron? ¿Y qué otra prueba tenemos, mas que una tradicion, que llega hasta el tiempo en que vivian estos dos escritores? Pues una tradi-



cion no menos constante, y mucho mas general, atesta la autenticidad de la Escritura. No son estos unos testimonios como quiera esparcidos, y consignados en un corto número de libros, alegados en su favor; sino el testimonio perpetuo de las sociedades de judíos y cristianos. Dos grandes pueblos levantan la voz para deponer sobre los hechos públicos, de que depende su existencia como pueblos; hechos, desde luego tan ciertos como su existencia misma. ¿Se dirá que los judíos no han conocido por el espacio de tres mil años ni su historia, ni sus leyes, ni el autor de ellas? Seria menos absurdo negar hubo judíos. Si Moises no es su legislador, si el Pentateuco no ha sido compuesto por él, ó si ha padecido alteraciones esenciales, debe necesariamente suponerse una época, en que la nacion judía se olvidó repentinamente de aquel á quien debe sus instituciones, y cuales son estas; lo que ella misma es y lo que ha sido, sus costumbres religiosas y civiles, sus hábitos y modo de vivir; debe suponerse que esta nacion, perdiendo de repente sus recuerdos, ideas, y su vida moral, cae toda entera, y de repente en el idiotismo

absoluto. Y para que nada falte á lo absurdo de tal hipótesis, debe suponerse además de esta misma nacion, que no hubiera podido subsistir ocho dias en este estado inferior á la demencia, el que recobrará los sentidos y memoria tan pronto como habia perdido unos y otra, para poder vivir bajo nuevas leyes, que cree ella ser antiguas, y para conservar perpetuamente con una veneracion profunda una tradicion falsa, que ella tiene y cree verdadera. Desafiamos á quien quiera contrarrestar la autenticidad del Pentateuco, sin verse forzado á sostener estas monstruosas extravagancias, y si, asombrado de esta locura rematada, confiesa que el Pentateuco es auténtico, está obligado á confesar lo mismo de todos los libros del antiguo Testamento, que no forman con el Pentateuco, mas que un solo cuerpo indisoluble de historia, leyes y doctrinas.

La autenticidad de los Evangelios, de los Actos de los Apóstoles, de las Epístolas, y de la revelacion de San Juan, no estriba sobre bases menos sólidas. Estos títulos sagrados de nuestra fe han inspirado desde el principio á los cristianos el mismo respeto; y la tradicion no ha va-



riado nunca con respecto á sus autores. Por esto no se podría revocar á duda con razon la verdad de esta tradicion. ¿Cómo en tiempo de San Pedro, de San Pablo, San Juan y San Mateo. etc., hubiera sido posible persuadir á los fieles, que unos escritos falsamente atribuidos á estos apóstoles, eran realmente suyos? ¿Cómo no hubieran ellos mismos reclamado contra esta impostura? ¿Cómo las iglesias de Corinto, Efeso, Roma y otras muchas se hubieran imaginado haber recibido cartas de San Pablo, que no habia escrito él mismo? ¿Cómo hubieran creído poseer los originales? ¿Cómo se hubieran citado por auténticas estas epistolas por San Pedro? O si las Epistolas de San Pedro son igualmente inventadas, ¿cómo es que ni él, ni San Pablo, ni alguno de sus discipulos han retractado estas producciones falsas, cuya existencia no podian ignorar?

*Domini nostri longanimitatem, salutem arbitremini: sicut et charissimus frater noster Paulus secundum datam sibi sapientiam scripsit vobis. Sicut et in omnibus epistolis, loquens in eis de his: in quibus sunt quedam difficilia intellectu, que indocti et instabiles depravant, sicut et ceteras Scripturas, ad suam ipsorum perditionem. S. PETR. II Ep. III. 16.*

Aunque citadas por los Padres mas antiguos, se quiere sin embargo que no se hayan visto, hasta después del fallecimiento de los Apóstoles, el absurdo no será menos grande, será todavía mayor; porque casi toda la sociedad cristiana, ya muy propagada en esta época, debería haber sido cómplice de esta impostura. No la podian engañar sobre un hecho de semejante naturaleza. Los Pastores, establecidos por los Apóstoles, ó los que les habian sucedido, después de haber conversado largo tiempo con ellos; los fieles tan celosos de instruirse sobre lo que interesaba tanto á la Religion que habian abrazado poco ha, ¿hubieran podido creer habia escritos de estos mismos Apóstoles; escritos que todos los cristianos habian ignorado hasta entonces, aunque dirigidos, por lo menos algunos, á las Igle-

\* Se ve al contrario que toda la Iglesia desecha con indignacion las obras de los hereges, publicadas bajo falsos nombres, así como las historias piadosas, pero no autorizadas, á las que se daba tambien el nombre de evangelios. Fabricio cuenta hasta cincuenta de estos evangelios. Por lo demas, antes de la muerte de Clemente de Alejandria, que fué en el año 215, no hay algun indicio ni vestigio cierto de algun evangelio apócrifo.



sias mas célebres? Entonces el fraude hubiera quedado de manifiesto; hubiera sido preciso que los Pastores y los fieles se hubieran reunido para sostenerle; ¿y esto en el tiempo mismo en que hacian profesion de horror el mas grande á toda especie de fraude, en el tiempo mismo, en que sacrificaban sus bienes, sus vidas con alegría, antes que hacer traicion á la verdad ni aun disfrazarla?

¿De dónde, pues, hubiera podido proceder aquel universal acuerdo entre ellos para autorizar la mentira? ¿Por qué motivo, procediendo contra los principios de su religion, y violando sus mas formales preceptos, hubieran favorecido ellos la suposición de ciertos libros, puramente profanos, ó permitido que una mano sacrilega alterase los inspirados por el espíritu divino? Se debe suponer que conocian los primeros cristianos el Cristianismo, y le creian. No morian ciertamente en los suplicios por una fe simulada, ó sin un objeto preciso y determinado. El Nuevo Testamento, pues, contiene la historia de Jesucristo, tal como la cuentan los Apóstoles, y su doctrina tal como ellos la enseñaban; y entonces su autenticidad es cierta, ó si se quiere que esta

doctrina é historia estén alteradas; debe sostenerse que los primeros cristianos, al tiempo mismo que corrian al martirio para dar testimonio de ambas, se concertaban para ponerse en toda la extension del imperio romano bajo la cuchilla de sus perseguidores, con el fin de desnaturalizar esta misma historia, y destruir esta misma doctrina, esparciendo y autorizando escritos apócrifos, en los cuales la corrompian los impostores.

No sé si habrá hombres que se convengan en declarar no chocan á la razón estas extrañas contradicciones, ó mas bien estos imposibles manifestos; de modo que no esté dispuesta á admitirlos, antes que á reconocer la autenticidad de los Libros santos. Esto podria ser; y por fin esto basta, no á nuestros deseos, pero si á la causa que defendemos. Es sin duda darse por vencido el llegar voluntariamente á tal extremo. Tiene la verdad triunfos mas gratos; pero no mas grandes. El espíritu orgulloso que la odia, huye de su presencia hasta donde puede; como el salvaje que huye de la civilizacion, se acerca poco á poco á las regiones donde apenas



brilla un resto de luz, y donde no se percibe ente con vida.

Cuanto á lo demas, para establecer la autenticidad de la Escritura, nada nos obligaria á patentizar hasta que exceso de absurdo llegan los que una vez se atreven á ponerla en duda. Olvidemos por un momento estas consecuencias absurdas, supongamos que se llega hasta imaginar un enlace de circunstancias posibles, por las que se explicara como la Escritura, creida auténtica, podria sin embargo no serlo: ¿qué resultaria de aquí? Nada absolutamente; á menos que no se mostrase haber existido estas circunstancias \*. Sin esto no habria ya ninguna verdad

\* Es decir á menos que no se hiciese una historia nueva y cierta del pueblo judío y de Jesucristo con materiales, que no hay en parte alguna. Moises es anterior en mil y cien años á Heródoto, el mas antiguo de los historiadores griegos. Este era contemporáneo de Esdras, que reunió los libros canónicos, y los hizo escribir en caracteres caldeos, á la vuelta de la cautividad. Nosotros tenemos una prueba material y sin réplica del escrupuloso respeto, con que conservó él la integridad del texto sagrado. Los samaritanos, separados de los judíos por un cisma, que todavia duraba, guardaron sus ejemplares antiguos de la Ley. Ellos no podian haberse entendido con los judíos, para alterarla, pues que los aborrecian, y estos tambien los odiaban mortalmente. El Penta-

histórica, ni familia, ni sociedad. Porque, ¿cómo se podria impedir se dijese á un hombre que gozaba en paz del nombre y de la herencia de sus abuelos: «Tú dices descendér de tal predecesor; esta es la tradicion de tu familia, con firmada por títulos, en que se halla trazada tu filiacion con mucha claridad y exactitud aparente. Con todo eso yo niego esta filiacion; sostengo que la tradicion que la atestigua, es mentirosa, y que los títulos sobre que se establece son supuestos ó están alterados?»

¿Qué se responderia en cualquier parte, al autor de semejante discurso? Diríasele: tú tienes pruebas sin duda incontestables de lo que pro-

teuco samaritano, escrito en caracteres, de los que los judios se servian en el origen, existe aun, y está impreso en las poliglotas de Le Jay y de Walton; y, sin contar algunas diferencias muy leves, y que proceden casi todas de la facilidad, con que los copistas han podido confundir muchas letras parecidas unas á otras, el texto está perfectamente conforme con el hebreo. La version de los Setenta, hecha cerca de tres siglos antes de Jesucristo, no presenta tampoco alguna variacion importante enanto á la substancia de la historia ó de la doctrina. Por lo demas, pueden verse en el docto Huet (*Demonst. Evang.* propos. IV. cap. II.) numerosas pruebas de la autenticidad de los libros de Moises, sacadas de los autores profanos.



pones con tanta seguridad contra la notoriedad pública. ¿Cuáles son ellas? Veámoslas.

El responderia : « Yo no puedo dar pruebas directas. Pero si quieres considerar bien ciertas circunstancias que yo he pensado, y que todas son posibles, aunque nada pruebe su realidad, comprenderás muy bien, que en mi hipótesis, los títulos que yo niego, pueden ser falsos, y la tradicion que no admito, puede ser un error ó una impostura. »

¿ Se piensa que al oír esta respuesta iria alguno mas adelante? ¿ El filósofo mas decidido veria en esto otra cosa, mas que un rasgo de mofa ó de locura? Ahora pues, ¿ tiene menos autoridad la tradicion de todo un pueblo, que la de una familia? ¿ Tienen menos autoridad los monumentos públicos de una sociedad, los títulos de su origen, sus leyes, creencias, que los títulos domésticos de un solo individuo? ¿ Podrá presentarse un hombre oponiéndose por simples conjeturas, vagas posibilidades, que se le pusieron en la cabeza, contra el testimonio formal, constante y uniforme de una nacion que atestigua hechos concernientes á ella misma, y que

por lo mismo no ha podido ignorarlos? ¿ Podrá hacerse esto sin trastornar el orden de las cosas humanas, y sin agraviar el sano juicio general? ¿ Qué podrá, pues, haber de cierto si se desecha este testimonio? »

¡ Qué! ¡ No se daria oídos á quien disputase á Heródoto su historia, á Sófocles sus tragedias, á Ciceron sus arengas, y habrá derecho para disputar al legislador de los Hebreos, el libro donde ha consignado las leyes invariables, segun las que se gobernó perpetuamente su nacion; libro sagrado á los ojos de esta, quien, para preservarle de alteraciones las mas ligeras, siempre procuró valerse de precauciones tan multiplicadas, casi las he llamado tan minuciosas, que no existe otro ejemplo! ¡ Habria derecho, para disputar á los Apóstoles y á sus discípulos las

¡ Véase FABRICY, *Des titres primitifs de la révelation, ou considérations critiques sur la pureté et l'intégrité du texte original des livres saints de l'Ancien Testament.* Roma. 1772.

— « Los escritos, que ellos hacian (los profetas) estaban en manos de todo el pueblo, y se conservaban cuidadosamente, para perpetua memoria en los siglos venideros. (*Exod. XVII, 14.*) »  
BOSSUET. *Discurso sobre la hist. universal.* part. II. cap. v.



obras que todos los cristianos les atribuyen, y que siempre les atribuyeron! ; Habria derecho para negar lo que ellos afirman unánimes, y de decirles: vosotros no conocéis ni el origen de vuestra religion, ni su historia, ni á ese mismo á quien adorais!

En verdad me admiro de la confianza con que ciertos hombres se presentan ellos solos contradiciendo á dos grandes pueblos sus actos públicos; queriendo hacer prevalezca su dictámen, contra el testimonio de tantos siglos, de tan larga y pacífica posesion. Mas, si no basta este testimonio para producir certeza, si lo que han afirmado uniformes de generacion en generacion millones de hombres ilustrados y sinceros, puede ponerse en duda, ¿qué no podrá hacerse con el testimonio aislado de algunos hombres? ¿y por qué fundamento se les creará si se rehusa creer á un testimonio de una autoridad sin comparacion superior? No se advierte que atacándole, se ataca y destruye toda especie de certeza, de creencia y razon; que nada se puede admitir como verdadero, nada negar como falso, puesto que no hay pruebas posibles, en una palabra,

que se establece el escepticismo absoluto. *Quitesse esta fe*, dice Aristóteles, hablando del consentimiento comun, *nada dirás de mas creible*:

Reconocida la autenticidad de la Escritura, no puede dudarse sobre la verdad de los hechos en ella contenidos. Casi todos estos hechos, y principalmente los mas maravillosos, son hechos públicos; que han sucedido á vista de una multitud de hombres, á quienes no ha podido hacerse ilusion, y que no han podido querer engañarse ellos mismos. Todos ellos forman una historia, cuyas partes están enlazadas, suponiéndose mutuamente, y que no pueden trastornarse sin destruir todas las otras historias. En fin, bajo cualquier aspecto que se miren, ofrecen caracteres de verdad tan manifiesta, pruebas, que de

<sup>1</sup> *Quod omnibus ita videtur, id ita esse dicimus; qui verò hanc fidem velit tollere, nihilo ipse credibilia dicet.* ARIST. *Ethic. Nicomach.* lib. X. cap. II.

<sup>2</sup> Newton, que habia hecho un particular estudio de los libros santos decia al doctor Smith, gefe del colegio de la Trinidad. «Yo hallo mas señales ciertas de autenticidad en la Biblia que en alguna otra historia profana cualquiera.» WATSON, *An Apology for Christianity in a series of letters addressed to Ed. Gibbon.* p. 62.



toda especie los abrazan; están apoyados en tantos y tan diversos testimonios, que parece imposible concebir como algunos entendimientos hayan podido resistir á tantos motivos de credibilidad.

Consideremos desde luego el Antiguo Testamento. Comienza refiriendo la creacion. Dios llama al universo, él sale de la nada. Su autor dispone en él sucesivamente todas sus partes, y establece en ellas este orden maravilloso, que nos admira \*. El dice : *Hágase la lux y ella se*

\* Dios mismo declara que lo que él ha hecho es bueno : *Et vidit quod esset bonum*. No se repite sin causa esta expresion siete veces en el primer capítulo del Génesis. Moises, ó por mejor decir el Espíritu santo al tiempo de inculcar que Dios no ha hecho sino lo bueno, celebra la sabiduría del Criador, tanto como su omnipotencia, y trastorna tambien el sistema de los dos principios, fundado en la tradicion de la insurreccion de los ángeles, que algunos filósofos habian desfigurado. Este sistema, antiguo en el Oriente, fué renovado por Manes, quien mezcló en él nuevas visiones, y no se esparció sino porque el hombre culpable ha creído al ver el mal del universo, que el universo mismo era malo, y, por consecuencia, obra de un principio malo. Si Rousseau hubiera dicho : « Todo era bueno cuando salió de las manos del Autor de las cosas, » hubiera hablado como Moises, y no hubiera negado la caída del hombre, la cual por sí sola ha desarreglado la armonía de la creacion. »

*hace* †. El hombre se forma de un poco de barro; el soplo de vida le anima, y viene á ser la imágen de Dios, quien al crearle á su semejanza, quiso hacerle digno de entrar en sociedad con él; prerrogativa excelente, que le aproxima á los espíritus puros, y que anuncia sus altos destinos. Toma el hombre posesion de la tierra, en el hecho de dar nombre á cada uno de los seres ‡. Por medio de la palabra ejerce primeramente su poder, y se da á conocer como soberano. Con todo eso, *no era bueno que el hombre estuviera solo. Hagámosle, dice el Señor, un auxiliante semejante á él* †. Entonces forma él, de la misma

† *Dixit que Deus: fiat lux, et facta est lux.* Gen. I, 3.

El hebreo está todavía mas conciso : יָרָא אֱלֹהִים אֶת-הַלְּוָא וַיֵּבֶר אֶת-הַלְּוָא. *Sit lux, et fuit lux.* Segun el relato del Génesis, los cuerpos celestes no fueron criados sino despues de la luz. Esto nos parece una prueba muy fuerte de que esta relacion no es una invencion de Moises. Acostumbrado como todos los hombres á considerar al sol como el principio y el foco de la luz, jamas hubiera pensado en separar estas dos cosas, á no haber escrito sino con arreglo á sus propias ideas.

‡ Genes. II. 49 y 20.

† *Dixit quoque dominus Deus: Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adjutorium simile sibi.* Genes. II, 18.